

Breve crónica necrológica o sucinta noticia literaria
de la muerte de Cervantes

por Antonio Gómez Rufo

El 22 de abril de 1616, a causa de una diabetes, murió don Miguel de Cervantes Saavedra. Tenía sesenta y nueve años.

Al día siguiente, el 23 de abril, fue un día de una primavera desacostumbrada en Madrid, adelantada en luz y en calor, y desde primeras horas de la mañana el sol brilló en todo lo alto como si con ello quisiera rendir homenaje al mejor escritor español de todos los tiempos. Aunque se trató de una ceremonia sin boato alguno, Diego de Tarazona acudió en representación del Concejo a dar el pésame a la viuda, doña Catalina de Salazar, y después acompañó el cortejo desde la calle del León al convento de las Madres Trinitarias, en donde quedó depositado el cuerpo yerto del genio.

- Cuéntanos, Diego –suplicó Clara aquella misma noche-. Y no ahorres detalles.

- Espera, espera –rogó Inés-. Que Juan ha ido a buscar una jarra de vino y no querrá perderse el relato.

- Ninguno queremos –añadió Miguel Argote-. Promete interés.

Diego asintió con la cabeza, se ajustó las lentes sobre el caballete de la nariz y carraspeó.

- Está bien, pero os aseguro que no hay mucho que contar. ¿Viene ese vino o qué?

- Voy –dijo Juan, entrando en la estancia en donde andaban todos reunidos.

Diego se sirvió un vaso, bebió con mesura un par de tragos y se limpió la comisura de los labios con un pañuelo que extrajo de la bocamanga de su camisola.

- Pues todo ha sido más simple de lo que se prometía –comenzó diciendo-. Como sabéis, murió en la madrugada de ayer en su casa de la calle del León, y dice el físico que a causa de su sangre dulce, que le obturó la circulación. El caso es que hoy mismo, de buena mañana, ha sido llevado a enterrar al Convento de las Trinitarias Descalzas.

- ¿A las trinitarias? –se extrañó el cómico Argote-. ¿Por qué?

- Al parecer –aclaró Diego-, por decisión testamentaria del propio don Miguel. Es comprensible: cuando estuvo preso en Argel, fue la congregación de los Trinitarios quienes le ayudaron, los que intermediaron por él y los que consiguieron fondos bastantes para su liberación y la de su hermano Rodrigo.

- Eso lo explica todo –admitió Juan Posada-. ¿Verdad, Inés?

- Verdad –afirmó la esposa-. Pero seguid, seguid...

- He podido leer el asiento en el Libro de Difuntos de la iglesia de las Trinitarias Descalzas y, aunque no sé si actué bien, he copiado lo escrito –Diego extrajo una cuartilla de su bolsillo y la desdobló-. La tengo aquí, escuchad: Del folio 270. En 23 de abril de 1616 murió Miguel de Cervantes Saavedra, casado con doña Catalina de Salazar, Calle de León.

- Pero no fue hoy, día 23, sino ayer –reparó Clara.

- Y buena confusión será esta, vive Dios; ya se verá con el correr de los tiempos –anunció Diego-. Pero tal es lo que menos importa a mi relato. Lo cierto es que recibió los Santos Sacramentos de mano del licenciado Francisco López, un sacerdote amigo. Y en su testamento figura que se mandó enterrar en las monjas trinitarias, que mandó dos misas del alma, y lo demás a voluntad de su mujer, que es designada testamentaria, como también el licenciado Francisco Martínez Marcilla, un clérigo que vive en la misma casa en la que se hospedaba el finado.

Diego volvió a beber de su vaso mientras los demás esperaban expectantes a que continuara el relato.

- ¡Por el amor de Dios, Diego! –protestó Inés-. No dilates más el cuento...

- Voy, voy –asintió Diego-. No sé si sabéis que el pasado día 2 de este mismo mes de abril don Miguel de Cervantes entró a profesar en la Orden Tercera de los hermanos franciscanos, así es que, como es de costumbre y razón, en el entierro iba el difunto vestido con el hábito franciscano, un modesto sayal como mortaja, y la cara descubierta. Y así todo el trayecto, desde la calle del León hasta el convento trinitario de la calle de Cantarranas. Reconozco que me ha impresionado mucho el cortejo, y no por su boato, que he de decir que ha sido muy austero, diríase que de pobre, sin ceremonial alguno, sin pompas ni reconocimiento popular.

- ¿Y pues? –se interesó Clara.

- Por el sol sobre su pálido rostro, la luz destacando la palidez de la muerte, el brillo de la mañana soleada, como rindiéndole homenaje... El día se ha portado con él mejor que Madrid.

- No es cierto –repuso Argote-. Todo Madrid se ha enterado y lo siente y le llora. Ayer por la tarde, en el Corral, no hacíamos sino lamentar su muerte.

- Es verdad –corroboró Inés-. En la posada, y muchos huéspedes son forasteros, lo han preguntado y lamentado. Y los vecinos no hablan de otra cosa desde ayer...

- Es que Madrid no es dada a escándalos, Diego –aseguró Clara-

llora en silencio, ríe comedida y habla en voz baja. Pero ama con ruido, late fuerte su corazón, bien lo sabes.

- Puede que tengáis razón –admitió Diego-. Supongo que me he precipitado en un mal juicio.

- No importa –le consoló Argote-. Y sigue diciéndonos. ¿Mucha gente en el cortejo?

- No, no mucha –informó Diego-. Fue llevado a hombros por sus hermanos de religión, que como sabéis tienen por costumbre y obligación atender, recoger y acompañar al cadáver del hermano muerto. Vecinos y algunas otras gentes han formado el cortejo y, ahora que lo pienso mejor, creo que tenéis razón: han sido muchos los madrileños que han acudido al paso de la procesión fúnebre guardando un respetuoso silencio. Sí, parecían lamentarlo de veras.

- Así es Madrid, ya te lo decía –repitió Clara.

- Cierto –afirmó con la cabeza Diego y sorbió otro trago de vino-. Y poco más: al fin ha sido enterrado en la casa convento de las trinitarias, justo al lado de la hermana Lucía de Santa Ana, muerta hace poco en su clausura, y allí ha quedado, sin lápida ni señal alguna que marque el lugar en el que el escritor ha iniciado su viaje final.

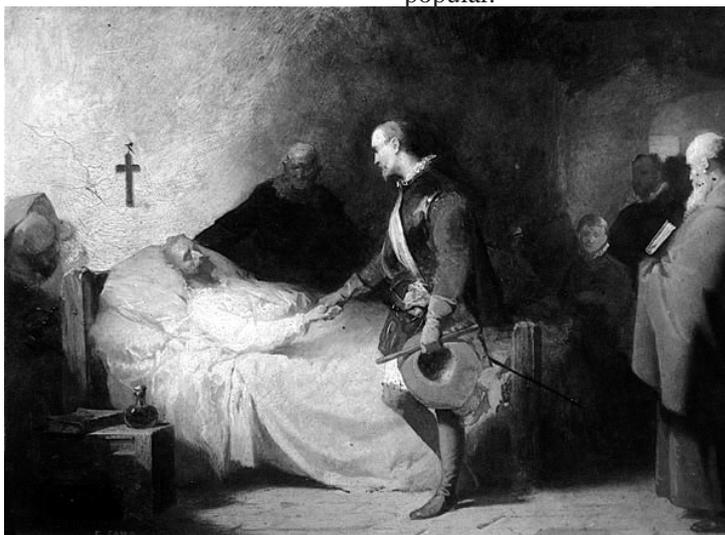
- ¡Qué pena! –suspiró Clara-. Pero el Concejo remediará la falta, ¿no es así?

- Si está en mi mano, haré lo posible –contestó Diego-. Pero son tantos los quehaceres pendientes que no sé si se podrá...

- Qué menos. Todo es poco para lo que merece don Miguel...

- No puedo estar más de acuerdo.

Unos días después, el 4 de mayo de ese mismo año, desde el otro lado del mundo llegó la noticia de la muerte de William Shakespeare, el otro gran autor de la historia de la literatura. Y como Inglaterra aún no había adoptado la corrección al calendario establecida en 1582 por el papa Gregorio XIII, para los ingle-



"Agonía de Cervantes", óleo de Eduardo Cano de la Peña